



M. R. James

# El maleficio de las Runas



**E** LEJANDRIA



M. R. James

El maleficio de  
las Runas



**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# EL MALEFICIO DE LAS RUNAS

**M. R. JAMES**

**PUBLICADO: 1911**

**FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

**EDICIÓN ORIGINAL: EDWARD ARNOLD Co, LONDON, 1927**

# EL MALEFICIO DE LAS RUNAS

«15 de abril de 190-.

«Muy señor mío: El Consejo de la Asociación — me encarga devolverle el borrador de su ponencia sobre La verdad de la alquimia, que usted ha tenido la amabilidad de ofrecer para leer en nuestra próxima reunión, y comunicarle que el Consejo no estima conveniente incluirla en el programa.

»Atentamente,»

»— Secretario.»

«18 de abril.

«Estimado señor: Lamento comunicarle que mis compromisos no me permiten concederle una entrevista sobre el asunto de su ponencia. Tampoco nuestros estatutos le autorizan a tratar la cuestión con una comisión de nuestro Consejo, como usted sugiere. Permítame asegurarle que el borrador que presentó fue sometido a la más plena consideración, y que no fue rechazado sin haber sido sometido al juicio de una autoridad de la mayor competencia. Ninguna cuestión personal —huelga decirlo— ha podido ejercer la menor influencia en la decisión del Consejo.

»Quedo de usted, etc.»

«20 de abril.

«El secretario de la Asociación — comunica respetuosamente al Sr. Karswell que le es imposible facilitar el nombre de la persona o personas a quienes fue remitido el borrador del Sr. Karswell, y desea asimismo hacer saber que no puede comprometerse a responder a ninguna carta ulterior sobre este asunto.»

—¿Y quién es el Sr. Karswell? —preguntó la esposa del secretario. Había pasado por su despacho y, quizá sin derecho a ello, había cogido la última de esas tres cartas que la mecanógrafa acababa de traer.

—Pues verás, querida, en este momento el Sr. Karswell es un hombre muy irritado. Pero más allá de eso sé poco de él, salvo que es una persona adinerada, que su dirección es Lufford Abbey, en Warwickshire, y que es alquimista, al parecer, y desea contárnoslo todo; y eso es casi todo..., excepto que prefiero no encontrármelo en las próximas semanas. Vamos, si estás lista para marcharte.

—¿Qué le has hecho para enfadarle? —preguntó la señora Secretaria.

—Lo de siempre, querida, lo de siempre: envié el borrador de una ponencia que quería leer en la próxima reunión, y nosotros lo remitimos a Edward Dunning —el único hombre en Inglaterra que entiende de estas cosas— y él dijo que no había nada que hacer, así que la rechazamos. Desde entonces Karswell no ha parado de bombardearme con cartas. Lo último que quería era el nombre de quien revisó su disparate; ya has visto mi respuesta. Pero no lo digas, por favor.

—Ni se me ocurriría. ¿Acaso lo hago alguna vez? Aunque espero que no llegue a saber que fue el pobre Sr. Dunning.

—¿El pobre Sr. Dunning? No sé por qué le llamas así; Dunning es un hombre muy feliz. Tiene muchas aficiones, una casa confortable y todo el tiempo para él.

—Solo quería decir que me daría pena por él si ese hombre llegara a saber su nombre y fuera a importunarle.

—¡Ah, sí! Bueno, en ese caso supongo que pasaría a ser el pobre Sr. Dunning.

El secretario y su esposa iban a almorzar fuera, y los anfitrión adonde se dirigían eran gente de Warwickshire. De modo que la señora Secretaria ya había resuelto en su fuero interno sonsacarles discretamente algo sobre Mr. Karswell. Pero se ahorró el esfuerzo de ir conduciendo la conversación hacia ese tema, pues la anfitriona dijo al anfitrión, antes de que pasaran muchos minutos: «Esta mañana he visto al abad de Lufford.» El anfitrión soltó un silbido. «¿De veras? ¿Qué demonios le trae a la ciudad?» «Vaya usted a saber; salía por la puerta del Museo Británico cuando yo pasaba en el coche.» Era natural que la señora Secretaria preguntara si se trataba de un abad de verdad. «En absoluto, querida: solo un vecino nuestro del campo que compró Lufford Abbey hace unos años. Su nombre real es Karswell.» «¿Es amigo vuestro?», preguntó el Sr. Secretario, guiñando el ojo discretamente a su esposa. La pregunta desató un torrente de invectivas. No había nada bueno que decir del Sr. Karswell. Nadie sabía a qué se dedicaba; sus criados eran gente de lo más repugnante; se había inventado una religión nueva y practicaba unos ritos espantosos que nadie podía precisar; se ofendía con suma facilidad y jamás perdonaba a nadie; tenía una cara terrible (así insistía la señora, aunque su marido lo discutía en parte); nunca hacía nada bondadoso, y la influencia que ejercía era siempre perjudicial. «Sé justo con el hombre, querida», interrumpió el marido. «Olvidas el convite que dio a los niños de la escuela.» «¡Olvidarlo, dice! Pero me alegra que lo hayas mencionado, porque da una idea cabal del personaje. Escucha bien esto, Florence. El primer invierno que pasó en Lufford, este delicioso vecino nuestro escribió al párroco de su parroquia —no es el nuestro, pero le conocemos muy bien— y se ofreció a mostrar a los niños de la escuela algunas imágenes de linterna mágica. Dijo que tenía unas nuevas, que creía les interesarían. Pues bien, el párroco se sorprendió un poco, porque el Sr. Karswell había dado muestras de ser un hombre poco amistoso con los niños —se quejaba de que se metían en sus tierras, o algo así—; pero por supuesto aceptó, se fijó

la fecha y nuestro amigo acudió él mismo para asegurarse de que todo saliera bien. Dijo que nunca había agradecido tanto nada como que sus propios hijos no pudieran estar presentes: estaban en una fiesta infantil en nuestra casa, casualmente. Porque este Sr. Karswell había decidido claramente asustar a esos pobres niños del pueblo hasta quitarles el hipo, y estoy convencida de que, de haberle dejado continuar, lo habría logrado de veras. Empezó con cosas comparativamente inocentes. Una fue Caperucita Roja, y aun así, dijo el Sr. Farrer, el lobo era tan espantoso que hubo que sacar a varios de los niños más pequeños; y dijo que el Sr. Karswell comenzó el cuento produciendo un aullido de lobo que llegaba desde la lejanía, y que fue la cosa más siniestra que había oído en su vida. Todas las imágenes que mostró, dijo el Sr. Farrer, eran de la mayor habilidad; absolutamente realistas, y no se imaginaba de dónde las había sacado ni cómo las hacía funcionar. El espectáculo fue avanzando y los cuentos se fueron haciendo un poco más aterradores cada vez, y los niños quedaron hipnotizados en absoluto silencio. Por último presentó una serie que representaba a un niño pequeño que cruzaba su propio parque —Lufford, me refiero— al atardecer. Todos los niños de la sala reconocían el lugar por las imágenes. Y a ese pobre niño le seguían, y al fin le perseguían y daban alcance, y lo despedazaban o le hacían desaparecer de algún modo, a manos de una horrible criatura blanca que saltaba a la pata coja, y a la que se veía primero escabulléndose entre los árboles, apareciendo cada vez con más nitidez. El Sr. Farrer dijo que le produjo una de las peores pesadillas que recordaba, y lo que debió de significar para los niños no quiero ni imaginarlo. Naturalmente aquello fue demasiado, y habló con el Sr. Karswell con gran severidad, diciéndole que no podía continuar. Todo lo que dijo fue: «Oh, ¿conque cree usted que es hora de poner fin a nuestro espectáculo y mandarlos a la cama? ¡Muy bien!» Y entonces, figúrate, pasó a otra imagen que mostraba una enorme masa de serpientes, ciempiéses y repugnantes criaturas aladas, y de alguna manera logró dar la impresión de que trepaban fuera de la imagen y se metían entre el público; y todo ello acompañado de una especie de crujido seco que enloqueció a los niños, que por supuesto se

desbandaron en estampida. Bastantes de ellos se hicieron daño al salir a tropel de la sala, y no creo que ninguno cerrara los ojos esa noche. Después hubo un escándalo tremendo en el pueblo. Por supuesto las madres echaron buena parte de la culpa al pobre Sr. Farrer, y si hubieran podido traspasar las verjas, creo que los padres habrían roto todos los cristales de la abadía. Bien, pues ese es el Sr. Karswell: ese es el abad de Lufford, querida, ya puedes imaginarte lo mucho que deseamos su compañía.»

—Sí, creo que Karswell tiene todas las posibilidades de ser un criminal de categoría —dijo el anfitrión—. Me daría pena cualquiera que cayera en su lista negra.

—¿Es él el que publicó una «Historia de la brujería» hace algún tiempo, diez años o más? ¿O lo estoy confundiendo con otro? —preguntó el secretario, que llevaba varios minutos con el ceño fruncido de quien trata de recordar algo.

—Es él mismo; ¿recuerdas las reseñas?

—Perfectamente; y lo que es igualmente pertinente, conocí al autor de la más incisiva de todas. Tú también: debes de acordarte de John Harrington; estaba en Johns en nuestra época.

—Ah, sí, muy bien, aunque no creo que le viera ni oyera nada de él entre el momento en que me fui y el día en que leí la crónica de la investigación judicial sobre su muerte.

—¿Investigación? —dijo una de las señoras—. ¿Qué le ocurrió?

—Pues lo que ocurrió fue que se cayó de un árbol y se rompió el cuello. Pero el enigma era qué podría haberle inducido a subirse allí. Fue un asunto misterioso, eso hay que reconocerlo. Había este hombre —no era atlético, ¿verdad?, y sin ningún rasgo excéntrico conocido— caminando a casa por un camino de campo al caer la tarde —sin vagabundos por los alrededores—, conocido y apreciado en el lugar, y de repente echa a correr como un loco, pierde el sombrero y el bastón, y al fin trepa a un árbol —un árbol bastante difícil— que crecía en el seto de la orilla: una rama muerta cede y él cae con ella y se rompe el cuello, y a la mañana siguiente le

encuentran con la expresión de terror más espantosa que se puede imaginar en un rostro. Era bastante evidente, por supuesto, que algo le había perseguido, y la gente habló de perros salvajes y de bestias escapadas de las fieras; pero no había nada a lo que aferrarse. Eso fue en el 89, y creo que su hermano Henry —a quien recuerdo igualmente de Cambridge, aunque tú quizá no— lleva desde entonces tratando de encontrar una explicación. Él insiste, naturalmente, en que hubo malicia de por medio, pero no sé. Es difícil ver cómo podría haberse producido.

Al cabo de un rato la conversación volvió a la «Historia de la brujería». «¿Llegaste a leerla?», preguntó el anfitrión.

—Sí —dijo el secretario—. Llegué hasta el punto de leerla entera.

—¿Era tan mala como la pintaban?

—En cuanto a estilo y forma, completamente desesperada. Mereció toda la demolición que recibió. Pero además de eso, era un libro perverso. El hombre se creía cada palabra de lo que decía, y me equivocaré mucho si no había ensayado la mayor parte de sus recetas.

—Bueno, yo solo recuerdo la reseña de Harrington, y debo decir que si yo hubiera sido el autor me habría apagado las ganas de escribir para siempre. No habría podido volver a levantar la cabeza.

—En el caso presente no ha tenido ese efecto. Pero vamos, ya son las tres y media; tengo que irme.

De regreso a casa, la señora Secretaria dijo: «Espero de veras que ese hombre horrible no descubra que fue el Sr. Dunning quien intervino en el rechazo de su ponencia.» «No creo que haya muchas posibilidades de eso», dijo el secretario. «Dunning no lo mencionará él mismo, pues estos asuntos son confidenciales, y ninguno de nosotros lo hará por la misma razón. Karswell no sabrá su nombre, pues Dunning no ha publicado nada sobre el mismo tema aún. El único peligro es que Karswell pudiera averiguarlo si preguntara al personal del Museo Británico quién tenía por costumbre consultar manuscritos alquímicos: no puedo decirles que no mencionen a

Dunning, ¿verdad? Eso los pondría a hablar de inmediato. Esperemos que no se le ocurra.»

Sin embargo, Mr. Karswell era un hombre astuto.

Hasta aquí el prólogo. Cierta tarde, algo más avanzada esa misma semana, el Sr. Edward Dunning regresaba del Museo Británico, donde había estado realizando investigaciones, hacia la confortable casa en un barrio residencial donde vivía solo, atendido por dos excelentes mujeres que llevaban mucho tiempo con él. No hay nada que añadir en cuanto a su descripción a lo que ya hemos oído. Sigúámosle mientras recorre su sobrio camino de vuelta a casa.

Un tren le dejó a una milla o dos de su casa, y un tranvía eléctrico una parada más. La línea terminaba en un punto a unos trescientos metros de su puerta. Ya tenía bastante de leer cuando subió al vagón, y en cualquier caso la luz no era como para permitirle más que estudiar los anuncios en los cristales que tenía enfrente mientras estaba sentado. Como era natural, los anuncios de esa línea de tranvías eran objeto de su contemplación frecuente y, con la posible excepción del brillante y convincente diálogo entre Mr. Lamplough y un eminente abogado sobre el asunto de la Saline Pirética, ninguno de ellos daba mucho margen a su imaginación. Me equivoco: había uno en el extremo del vagón más alejado de él que no le parecía conocido. Estaba en letras azules sobre fondo amarillo, y lo único que podía leer era un nombre —John Harrington— y algo que parecía una fecha. No había motivo para querer saber más; pero aun así, conforme el vagón se fue vaciando, sintió la suficiente curiosidad como para ir corriendo el asiento hasta poder leerlo bien. Consideró que el esfuerzo le fue ligeramente recompensado; el anuncio no era del tipo habitual. Decía así: «En memoria de John Harrington, F.S.A., de The Laurels, Ashbrooke. Fallecido el 18 de septiembre de 1889. Se le concedieron tres meses.»

El tranvía se detuvo. El Sr. Dunning, que seguía contemplando las letras azules sobre el fondo amarillo, tuvo que ser estimulado a levantarse por una palabra del revisor. «Perdóne usted», dijo, «estaba mirando ese anuncio; es muy extraño, ¿verdad?» El revisor

lo leyó despacio. «Vaya, caramba», dijo, «yo no lo había visto antes. Menuda cosa, ¿eh? Aquí hay alguien que se ha dado el gusto de hacer una broma, me parece.» Sacó un trapo y lo aplicó, no sin saliva, al cristal, y luego al exterior. «No», dijo al volver, «eso no es una calcomanía; me parece que está grabado en el cristal, como si dijéramos en la masa, por así decirlo. ¿No le parece a usted, señor?» El Sr. Dunning lo examinó y lo frotó con el guante, y estuvo de acuerdo. «¿Quién se encarga de estos anuncios, y da permiso para ponerlos? Le rogaría que lo investigara. Voy a tomar nota de las palabras.» En ese momento llegó una llamada del conductor: «Muévete, Jorge, se acabó el tiempo.» «Bien, bien; aquí hay algo también que no está bien. Ven a ver este cristal.» «¿Qué le pasa al cristal?», dijo el conductor, acercándose. «¿Y quién es ese Harrington? ¿De qué va todo eso?» «Precisamente preguntaba yo quién era el responsable de poner los anuncios en sus vagones, y decía que convendría investigar este.» «Pues, señor, todo ese trabajo se hace en la oficina de la compañía: es nuestro Sr. Timms, creo, quien se ocupa de eso. Cuando entremos esta noche dejaré recado, y puede que mañana pueda contarle algo si se da por aquí.»

Eso fue todo lo que pasó esa tarde. El Sr. Dunning sí se tomó la molestia de buscar Ashbrooke, y averiguó que estaba en Warwickshire.

Al día siguiente fue de nuevo a la ciudad. El vagón (era el mismo) iba demasiado lleno por la mañana para permitirle decir una palabra al revisor: solo pudo cerciorarse de que el curioso anuncio había desaparecido. El final del día trajo un nuevo elemento de misterio al asunto. Había perdido el tranvía o prefirió volver andando, pero a una hora bastante tardía, mientras trabajaba en su estudio, una de las criadas vino a decirle que dos hombres del tranvía deseaban hablar con él urgentemente. Esto le recordó el anuncio, que según él mismo dice casi había olvidado. Hizo pasar a los hombres —eran el revisor y el conductor del vagón— y, una vez atendidas las necesidades de refresco, les preguntó qué había dicho el Sr. Timms sobre el anuncio. «Pues, señor, precisamente por eso nos hemos tomado la libertad de pasarnos por aquí», dijo el revisor. «El Sr.

Timms le puso a Guillermo aquí una buena bronca: según él no se había mandado ningún anuncio de ese tipo, ni encargado, ni pagado, ni puesto, ni nada, por no hablar de que encima no estaba allí, y que estábamos perdiendo el tiempo con tonterías. «Pues», le digo yo, «si ese es el caso, lo único que le pido, Sr. Timms», le digo, «es que vaya usted a verlo con sus propios ojos», le digo. «Claro que si no está allí», digo, «puede usted llamarme lo que quiera». «De acuerdo», dice él, «iré»; y nos fuimos directamente. Ahora se lo dejo a usted, señor, ese anuncio, como los llamamos, con Harrington, ¿no estaba igual de claro que cualquier cosa que haya visto usted?; letras azules en cristal amarillo, y como yo dije en su momento, y usted me dio la razón, metido en el cristal, como si dijéramos, porque si lo recuerda, recuerda que lo froté con mi trapo.» «Perfectamente, con toda claridad; ¿y bien?» «Puede usted decir bien, yo no lo creo. El Sr. Timms entra en ese vagón con una luz, o mejor dicho, le dijo a Guillermo que aguantara la luz desde fuera. «A ver», dice, «¿dónde está su precioso anuncio del que tanto hemos oído?» «Aquí está, Sr. Timms», le digo, y puse la mano encima.» El revisor hizo una pausa.

—Bien —dijo el Sr. Dunning—, había desaparecido, supongo. ¿Roto?

—iRoto, qué va! No había, si usted me cree, ni rastro de esas letras —letras azules eran— en ese trozo de cristal, como..., en fin, no sirve de nada que me ponga a hablar. Nunca vi una cosa igual. Se lo dejo a Guillermo aquí si..., pero vamos, como digo, ¿para qué sirve que siga?

—¿Y qué dijo el Sr. Timms?

—Pues hizo lo que yo le di permiso de hacer: nos llamó de todo lo que le apeteció, y no le culpo del todo tampoco. Pero lo que pensamos Guillermo y yo fue que habíamos visto que usted tomó nota de esas..., de esas letras...

—En efecto, así fue, y aún la tengo. ¿Desean que hable con el Sr. Timms yo mismo, y que se la muestre? ¿Era eso lo que venían a

pedirme?

—Ahí lo tiene, ¿no lo decía yo? —dijo Guillermo—. Trate con un caballero si puede encontrar uno, esa es mi norma. Ahora quizás, Jorge, me reconocerás que no te he llevado muy lejos esta noche.

—Bien, Guillermo, bien; no hace falta que te pongas así como si hubieras tenido que arrastrarme hasta aquí. He venido tranquilo, ¿no es así? Con todo y con eso, no deberíamos haberle quitado a usted su tiempo así, señor; pero si se diera la circunstancia de que pudiera pasarse mañana por la mañana por las oficinas de la compañía y decirle al Sr. Timms lo que usted mismo vio, le estaríamos muy agradecidos por la molestia. Verá usted, no es que nos importe que nos llamen..., una cosa u otra, sino que si en la oficina se les mete en la cabeza que vemos cosas que no están ahí, pues una cosa lleva a la otra, y adónde llegaríamos dentro de un año..., bueno, ya me entiende usted.

Entre nuevas elucidaciones del asunto, Jorge, conducido por Guillermo, abandonó la estancia.

La incredulidad del Sr. Timms —que tenía un trato superficial con el Sr. Dunning— quedó muy modificada al día siguiente gracias a lo que este pudo contarle y mostrarle; y cualquier mala nota que hubiera podido aplicarse a los nombres de Guillermo y Jorge no se dejó subsistir en los libros de la compañía; pero explicación, ninguna.

El interés del Sr. Dunning en el asunto se mantuvo vivo gracias a un incidente de la tarde siguiente. Caminaba desde su club hacia el tren, y vio a cierta distancia por delante a un hombre con un puñado de folletos de esos que los agentes de empresas emprendedoras distribuyen a los transeuntes. Este agente no había elegido una calle muy concurrida para sus operaciones: de hecho, el Sr. Dunning no le vio deshacerse de un solo folleto antes de llegar él mismo al sitio. Le pusieron uno en la mano al pasar: la mano que se lo tendió rozó la suya, y experimentó una especie de pequeña sacudida al hacerlo. Parecía de una aspereza y un calor inusitados. Al pasar miró al que

se lo había dado, pero la impresión que se llevó fue tan confusa que, por más que intentó reconstruirla después, nada sacaba en claro. Caminaba deprisa y, según avanzaba, echó un vistazo al papel. Era azul. El nombre de Harrington en mayúsculas grandes le saltó a la vista. Se detuvo, sobresaltado, y buscó los anteojos. En ese mismo instante el folleto le fue arrebatado de la mano por un hombre que pasó a su lado a toda prisa, y desapareció para siempre. Retrocedió unos pasos corriendo, pero ¿dónde estaba el transeuntes? ¿Y dónde el distribuidor?

Con el ánimo algo pensativo, el Sr. Dunning entró al día siguiente en la Sala de Manuscritos Selectos del Museo Británico y relleno los impresos para el Harley 3586 y algunos otros volúmenes. Al cabo de unos minutos se los trajeron, y estaba colocando sobre el pupitre el que quería primero cuando creyó oír su propio nombre susurrado a sus espaldas. Se volvió con rapidez y, al hacerlo, tiró de la mesa su pequeña cartera de papeles sueltos. No vio a nadie conocido, salvo a uno de los empleados de la sala, que le hizo un gesto con la cabeza, y se puso a recoger sus papeles. Creyó tenerlos todos y se volvía para ponerse a trabajar, cuando un hombre corpulento en la mesa de detrás de él, que se disponía a marcharse y había recogido sus propias cosas, le tocó en el hombro diciendo: «¿Me permite devolverle esto? Creo que es suyo», y le tendió un cuadernillo que faltaba. «Sí, es mío, gracias», dijo el Sr. Dunning. Al momento el hombre había abandonado la sala. Al terminar su trabajo de la tarde, el Sr. Dunning tuvo una conversación con el auxiliar a cargo y aprovechó la ocasión para preguntar quién era el hombre corpulento. «Ah, es un hombre llamado Karswell», dijo el auxiliar, «ace una semana me preguntó quiénes eran las grandes autoridades en alquimia, y naturalmente le dije que usted era el único en el país. Voy a ver si le alcanzo: estará encantado de conocerle, estoy seguro.»

—¡Por el amor de Dios, ni se le ocurra! —dijo el Sr. Dunning—. Tengo el mayor interés en evitarle.

—¡Ah, muy bien! —dijo el auxiliar—. No viene aquí con frecuencia; supongo que no se encontrarán.

Más de una vez en el camino a casa aquel día, el Sr. Dunning se confesó a sí mismo que no esperaba la velada solitaria con su alegría habitual. Le pareció que algo indefinido e impalpable se había interpuesto entre él y sus semejantes, que le había tomado a su cargo, por así decirlo. Quería sentarse muy pegado a sus vecinos en el tren y en el tranvía, pero tuvo la mala suerte de que ambos iban notablemente vacíos. El revisor Jorge tenía el aire de estar absorto en cálculos sobre el número de pasajeros. Al llegar a su casa encontró al doctor Watson, su médico, en el umbral. «Me ha sido preciso alterar sus disposiciones domésticas, lo lamento, Dunning. Las dos criadas están fuera de combate. De hecho, he tenido que enviarlas a la clínica.»

—¡Dios mío! ¿Qué les pasa?

—Algo parecido a un envenenamiento por tomaínas, me parece: usted no ha sufrido, lo veo, o no estaría andando. Creo que saldrán adelante.

—¡Válgame el cielo! ¿Tiene idea de qué lo provocó?

—Pues dicen que compraron marisco a un vendedor ambulante a la hora de comer. Es raro. He hecho averiguaciones, pero no puedo encontrar que ese vendedor haya ido a otras casas de la calle. No podía mandarle aviso; de momento no estarán de vuelta. Venga usted a cenar conmigo esta noche de todas formas, y ya haremos los arreglos para seguir adelante. A las ocho. Y no se preocupe demasiado.

La velada solitaria quedó así evitada, a costa de cierta contrariedad e incomodidad, eso sí. El Sr. Dunning pasó el rato agradablemente con el doctor —que era un vecino relativamente reciente— y regresó a su solitario hogar hacia las once y media. La noche que pasó no es de las que recuerda con satisfacción. Estaba en cama y había apagado la luz. Se preguntaba si la mujer de la limpieza llegaría lo bastante temprano para prepararle agua caliente

a la mañana siguiente, cuando oyó el inequívoco sonido de la puerta de su estudio al abrirse. Ningún paso le siguió en el pasillo, pero el sonido solo podía significar algo malo, pues sabía que había cerrado la puerta esa misma tarde después de guardar sus papeles en el escritorio. Fue más la vergüenza que el valor lo que le indujo a deslizarse hasta el pasillo y asomarse sobre la barandilla en camisón, escuchando. No se veía ninguna luz; no llegó ningún sonido más: solo una ráfaga de aire cálido, o incluso caliente, jugó un instante alrededor de sus pantorrillas. Volvió y decidió encerrarse en su cuarto con llave. Pero hubo más molestias. O bien una compañía suburbana de economías mal entendidas había decidido que su luz no sería necesaria en las horas pequeñas y había dejado de funcionar, o bien había algo malo en el contador; el caso es que la luz eléctrica no había. Lo evidente era encontrar una cerilla, y consultar también su reloj: bien podía saber cuántas horas de incomodidad le esperaban. Así que metió la mano en el conocido hueco bajo la almohada: solo que no llegó tan lejos. Lo que tocó fue, según su declaración, una boca, con dientes, y con pelo a su alrededor, y, afirma él, no la boca de un ser humano. No creo que sirva de nada conjeturar qué dijo o hizo; pero estaba en el cuarto de los invitados con la puerta cerrada con llave y el oído pegado a ella antes de volver a ser plenamente consciente de sí mismo. Y allí pasó el resto de la noche más miserable, esperando en todo momento algún forcejeo en la puerta: pero nada llegó.

Volver a su propio cuarto por la mañana estuvo acompañado de muchas escuchas y temblores. La puerta estaba abierta, afortunadamente, y las persianas levantadas (los criados habían salido de la casa antes de la hora de bajarlas); no había, en resumen, ningún rastro de un inquilino. El reloj también estaba en su sitio habitual; nada estaba alterado, solo la puerta del armario se había abierto de par en par, fiel a su costumbre inveterada. Un timbrado en la puerta trasera anunció entonces a la mujer de la limpieza, que había sido llamada la noche anterior, y que dio ánimos al Sr. Dunning para, una vez que la dejó entrar, continuar su búsqueda por otras partes de la casa. Igualmente infructuosa.

El día, que así comenzó, transcurrió de la manera más sombría. No se atrevía a ir al Museo: pese a lo que había dicho el auxiliar, Karswell podría aparecer allí, y Dunning sentía que no podría hacer frente a un desconocido probablemente hostil. Su propia casa le era odiosa; detestaba ser una carga para el médico. Pasó algún tiempo en una visita a la clínica, donde le animó un poco un buen parte sobre su ama de llaves y su doncella. Hacia la hora del almuerzo se encaminó a su club, donde experimentó de nuevo cierto alivio al ver al secretario de la Asociación. Durante el almuerzo Dunning contó a su amigo las más tangibles de sus desventuras, pero no pudo decidirse a hablar de las que más le pesaban en el ánimo. «Pobre hombre mío», dijo el secretario, «imenudo trastorno! Mira: estamos solos en casa, absolutamente. Tienes que quedarte con nosotros. ¡Sí, sí!, sin excusas: manda tus cosas esta tarde.» Dunning fue incapaz de resistirse: de veras empezaba a estar agudamente ansioso, conforme pasaban las horas, por lo que aquella noche podría tenerle preparado. Estaba casi contento cuando se apresuró a ir a hacer la maleta.

Sus amigos, cuando tuvieron tiempo de fijarse bien en él, quedaron bastante consternados ante su aspecto desvalido, e hicieron todo lo posible por animarle. No del todo sin éxito; pero cuando los dos hombres fumaban a solas más tarde, Dunning volvió a ensombrecerse. De repente dijo: «Gayton, creo que ese alquimista sabe que fui yo quien consiguió que rechazaran su ponencia.» Gayton soltó un silbido. «¿Qué te hace pensar eso?», dijo. Dunning le contó su conversación con el auxiliar del Museo, y Gayton no pudo sino reconocer que la suposición parecía verosímil. «Aunque a mí no me importa mucho», continuó Dunning, «solo podría ser una molestia si llegaríamos a encontrarnos. Es un tipo de mal carácter, según parece.» La conversación volvió a decaer; Gayton fue sintiéndose cada vez más fuertemente impresionado por la desolación que se reflejaba en el rostro y los modales de Dunning, y al fin —no sin considerable esfuerzo— le preguntó a bocajarro si no había algo serio que le atormentaba. Dunning lanzó una exclamación de alivio. «Me moría por quitármelo de encima», dijo. «¿Sabes algo

de un hombre llamado John Harrington?» Gayton quedó verdaderamente estupefacto, y en el primer momento solo pudo preguntar por qué. Entonces salió la historia completa de las experiencias de Dunning: lo que había pasado en el tranvía, en su propia casa y en la calle, la inquietud de espíritu que se había instalado en él y que aún le dominaba; y terminó con la pregunta con que había empezado. Gayton no sabía cómo responderle. Contar la historia del fin de Harrington quizá fuera lo correcto; solo que Dunning estaba en un estado de nervios, la historia era lúgubre, y no podía evitar preguntarse si no existía un vínculo de unión entre esos dos casos, en la persona de Karswell. Era una concesión difícil para un hombre de ciencia, pero podía suavizarse con la frase «sugestión hipnótica». Al final decidió que su respuesta esa noche sería cautelosa; trataría la situación con su esposa. Así que dijo que había conocido a Harrington en Cambridge y que creía que había muerto de repente en 1889, añadiendo algunos detalles sobre el hombre y su obra publicada. Sí habló del asunto con la señora Gayton, y tal como había previsto, ella saltó de inmediato a la conclusión que había estado rondándole a él. Fue ella quien le recordó al hermano superviviente, Henry Harrington, y también quien sugirió que se podría encontrarle por medio de los anfitrión del día anterior. «Podría ser un excéntrico sin remedio», objetó Gayton. «Eso podría averiguarse por los Bennett, que le conocen», replicó la señora Gayton; y se comprometió a ver a los Bennett a la mañana siguiente.

No es preciso referir con más detalle los pasos por los que Henry Harrington y Dunning fueron puestos en contacto.

La escena siguiente que ha de narrarse es una conversación que tuvo lugar entre los dos. Dunning había contado a Harrington las extrañas formas en que el nombre del difunto había sido puesto ante él, y había dicho algo también de sus propias experiencias ulteriores. Luego había preguntado si Harrington estaba dispuesto a referirle, a su vez, algunas de las circunstancias relacionadas con la muerte de su hermano. No es preciso detenerse en la sorpresa de Harrington ante lo que había oído: pero su respuesta llegó pronta.

—John —dijo— estaba en un estado muy peculiar, indudablemente, de vez en cuando, durante algunas semanas antes, aunque no inmediatamente antes, de la catástrofe. Fueron varias cosas...; la idea principal que tenía era que creía que le seguían. Sin duda era un hombre impresionable, pero nunca había tenido fantasías como esas. No puedo apartar de mi mente que había mala voluntad en juego, y lo que me cuentas de ti mismo me recuerda mucho a mi hermano. ¿Se te ocurre algún vínculo de unión posible?

—Hay uno que ha ido tomando forma vagamente en mi mente. Me han dicho que tu hermano escribió una reseña muy severa de un libro poco antes de morir, y hace poco he cruzado el camino del hombre que escribió ese libro de una forma que le habría molestado.

—No me digas que el hombre se llamaba Karswell.

—¿Por qué no? Ese es exactamente su nombre.

Henry Harrington se recostó. «Eso es definitivo para mí. Ahora tengo que explicarme mejor. Por algo que dijo, tengo la certeza de que mi hermano John empezaba a creer —muy en contra de su voluntad— que Karswell estaba detrás de su problema. Quiero contarte lo que me parece que tiene relación con esta situación. Mi hermano era un gran músico, y solía subir a la ciudad para asistir a conciertos. Volvió, tres meses antes de morir, de uno de ellos, y me dio su programa para que lo mirara: un programa de análisis; los guardaba siempre. ‘Casi lo pierdo’, me dijo. ‘Supongo que debo de haberlo dejado caer: en todo caso lo estaba buscando debajo de mi asiento y en los bolsillos, y así, y mi vecino me ofreció el suyo: dijo que si podía dármelo, pues él ya no lo necesitaba, y se marchó poco después. No sé quién era: un hombre corpulento, afeitado. Habría lamentado no tenerlo; claro que podría haber comprado otro, pero este no me costó nada.’ Otra vez me contó que había estado muy incómodo tanto de camino al hotel como durante la noche. Ato cabos ahora al repasarlo. Después, no mucho más tarde, estaba repasando esos programas, ordenándolos para encuadernarlos, y en este en concreto —que, dicho sea de paso, yo apenas había hojeado — encontré muy cerca del principio una tira de papel con una

escritura muy extraña en rojo y negro, ejecutada con gran esmero: me pareció más parecida a letras rúnicas que a cualquier otra cosa. ‚Vaya‘, dijo, ‚esto debe de ser del vecino gordo. Parece que podría valer la pena devolvérselo; quizás sea una copia de algo; evidentemente alguien se ha tomado trabajo con ello. ¿Cómo encuentro su dirección?‘ Lo estuvimos comentando un poco y acordamos que no merecía la pena anunciarlo, y que mi hermano haría mejor en buscar al hombre en el próximo concierto, al que iba a ir muy pronto. El papel estaba sobre el libro y los dos estábamos junto a la chimenea; era una fría y ventosa tarde de verano. Supongo que la puerta se abrió sola, aunque yo no me di cuenta: en todo caso una ráfaga —una ráfaga cálida— pasó de repente entre nosotros, cogió el papel y lo arrojó directo al fuego: era papel ligero y delgado, ardió y subió por la chimenea hecho una sola ceniza. ‚Pues‘, dije yo, ‚ya no puedes devolvérselo.‘ Él no dijo nada durante un minuto: luego, bastante irritado: ‚No, no puedo; pero no entiendo por qué sigues repitiéndolo.‘ Observé que no lo había dicho más de una vez. ‚Más de cuatro veces, querrás decir‘, fue todo lo que dijo. Lo recuerdo todo muy claramente, sin ninguna razón particular; y ahora voy al meollo del asunto. No sé si llegaste a mirar ese libro de Karswell que revisó mi desdichado hermano. Es poco probable; pero yo sí lo hice, tanto antes de su muerte como después. La primera vez nos burlamos de él juntos. Estaba escrito en ningún estilo reconocible: infinitivos separados, y toda suerte de cosas que hacen horrorizar a un oxoniense. Y luego no había nada que el hombre no se tragara: mezclaba mitos clásicos e historias de La Leyenda Dorada con informes sobre costumbres salvajes de la actualidad, todo muy apropiado, sin duda, si uno sabe utilizarlo, pero él no sabía: parecía poner La Leyenda Dorada y La rama dorada exactamente al mismo nivel, y creer en ambas; una exhibición lamentable, en definitiva. Pues bien, después de la desgracia, volví a repasar el libro. No era mejor que antes, pero la impresión que me dejó esta vez fue diferente. Sospechaba —como te he dicho— que Karswell había tenido mala voluntad hacia mi hermano; incluso que era responsable de algún modo de lo que había sucedido; y ahora su libro me parecía una obra muy siniestra. Un capítulo en particular

me llamó la atención, en el que hablaba de 'lanzar las Runas' sobre las personas, bien para ganarse su afecto o bien para quitarlas de en medio —quizás más especialmente esto último—: hablaba de todo ello de una manera que realmente me pareció implicar un conocimiento efectivo. No tengo tiempo de entrar en detalles, pero el resultado es que tengo bastante certeza, por información recibida, de que el hombre amable del concierto era Karswell: sospecho — más que sospecho— que el papel era importante; y sí creo que si mi hermano hubiera podido devolverlo, quizás estuviera vivo hoy. Por tanto, se me ocurre preguntarte si tienes algo que añadir a lo que te he contado.»

A modo de respuesta, Dunning tenía que relatar el episodio de la Sala de Manuscritos del Museo Británico. «Así que sí te entregó papeles en mano; ¿los has examinado? ¿No? Pues debemos hacerlo ahora mismo, si me lo permites, y con mucho cuidado.»

Fueron a la casa aún vacía —vacía porque las dos criadas no podían volver todavía al trabajo. La cartera de papeles de Dunning acumulaba polvo sobre la mesa de escritorio. En ella había los cuadernillos de papel pequeño para borrador que usaba para sus transcripciones; y de uno de ellos, al cogerlo, se deslizó y salió revoloteando por la habitación con inquietante velocidad una tira de papel fino y ligero. La ventana estaba abierta, pero Harrington la cerró de golpe justo a tiempo de interceptar el papel, que atrapo. «Ya me lo figuraba», dijo; «puede que sea el mismo que le dieron a mi hermano. Tienes que andar con cuidado, Dunning; esto puede significar algo muy grave para ti.»

Se celebró una larga consulta. El papel fue examinado minuciosamente. Como había dicho Harrington, los caracteres se parecían más a runas que a cualquier otra cosa, pero ninguno de los dos podía descifrarlos, y ambos dudaron en copiarlos, por miedo, según confesaron, a perpetuar cualquier propósito maligno que pudieran encerrar. Así ha sido imposible (si se me permite anticiparme un poco) determinar qué se comunicaba en ese curioso mensaje o encargo. Tanto Dunning como Harrington están

firmemente convencidos de que tuvo el efecto de atraer a sus poseedores a una compañía muy indeseable. Estuvieron de acuerdo en que había que devolverlo a la fuente de la que procedía, y además en que el único modo seguro y cierto era el de la entrega en mano; y aquí la habilidad sería necesaria, pues Dunning era conocido de vista por Karswell. Habría que alterar, entre otras cosas, su apariencia afeitándose la barba. Pero ¿no podría caer el golpe antes? Harrington creía que podrían calcular el tiempo. Sabía la fecha del concierto en que se había puesto la «marca negra» a su hermano: era el 18 de junio. La muerte había seguido el 18 de septiembre. Dunning le recordó que en la inscripción del cristal del tranvía se habían mencionado tres meses. «Quizás», añadió con una risa sin alegría, «la mía también sea una letra a tres meses. Creo que puedo fijarla por mi diario. Sí, el 23 de abril fue el día del Museo; eso nos lleva al 23 de julio. Ahora bien, se vuelve sumamente importante para mí saber cualquier cosa que quieras contarme sobre el avance del problema de tu hermano, si es posible que hables de ello.» «Naturalmente. Pues bien, lo que más le angustiaba era la sensación de ser vigilado siempre que estaba solo. Con el tiempo empecé a dormir en su cuarto, y eso le mejoró: aunque con todo hablaba mucho en sueños. ¿De qué? ¿Es prudente detenerse en eso, al menos antes de que las cosas se aclaren? Creo que no; pero sí puedo decirte esto: le llegaron dos cosas por correo durante esas semanas, ambas con matasellos de Londres y dirigidas con letra comercial. Una era un grabado en madera de Bewick, arrancado groseramente de la página: uno que muestra un camino a la luz de la luna y un hombre que camina por él, seguido de una espantosa criatura demoníaca. Debajo estaban escritos los versos del Antiguo Marinero —que supongo que ilustra el grabado— sobre aquel que, habiendo vuelto la vista una vez,»

sigue andando y ya no vuelve la cabeza,

pues sabe que un pavoroso espectro le pisa los talones de cerca.

«La otra era un calendario, de esos que los comerciantes suelen enviar. Mi hermano no le prestó atención, pero yo lo miré después

de su muerte y encontré que todo lo posterior al 18 de septiembre había sido arrancado. Puede que te sorprenda que saliera solo la tarde en que murió, pero el hecho es que durante los últimos diez días más o menos de su vida había estado completamente libre de la sensación de ser seguido o vigilado.»

La conclusión de la consulta fue la siguiente. Harrington, que conocía a un vecino de Karswell, creyó ver la manera de vigilar sus movimientos. Correspondería a Dunning estar siempre dispuesto a tratar de cruzarse con Karswell en cualquier momento, mantener el papel a salvo y en un lugar de fácil acceso.

Se separaron. Las semanas siguientes fueron sin duda una dura prueba para los nervios de Dunning: la barrera intangible que parecía haberse alzado a su alrededor el día en que recibió el papel fue desarrollándose gradualmente en una oscuridad opresiva que le cortaba de todos los medios de evasión a los que podría haberse pensado que recurriría. No había nadie a su lado que fuera probable que se los sugiriera, y parecía despojado de toda iniciativa. Esperó con ansiedad indescriptible, mientras mayo, junio y los primeros días de julio fueron pasando, un mandato de Harrington. Pero todo ese tiempo Karswell permaneció inmóvil en Lufford.

Al fin, a menos de una semana de la fecha que había llegado a considerar el fin de sus actividades en este mundo, llegó un telegrama: «Sale de Victoria en el tren del ferry el jueves por la noche. No falles. Esta noche voy a verte. Harrington.»

Llegó puntualmente, y trazaron los planes. El tren salía de Victoria a las nueve y su última parada antes de Dover era Croydon West. Harrington seguiría a Karswell desde Victoria y buscaría a Dunning en Croydon, llamándole si era necesario por un nombre convenido. Dunning, disfrazado en lo posible, no debía llevar etiqueta ni iniciales en ningún equipaje de mano, y a toda costa tenía que llevar el papel consigo.

La angustia de Dunning mientras esperaba en el andén de Croydon no necesito intentar describirla. Su sensación de peligro

durante los últimos días solo se había agudizado por el hecho de que la nube sobre él se hubiera vuelto perceptiblemente más ligera; pero ese alivio era un síntoma ominoso, y si Karswell le eludía ahora, la esperanza estaba perdida: y había tantas probabilidades de que así fuera. El rumor del viaje podría ser en sí mismo un señuelo. Los veinte minutos en que paseó arriba y abajo por el andén y persiguió a cada mozo con preguntas sobre el tren del ferry fueron tan amargos como cualesquiera que hubiera pasado. Con todo, llegó el tren, y Harrington estaba en la ventanilla. Era importante, naturalmente, que no hubiera reconocimiento: así que Dunning subió al extremo más alejado del vagón de pasillo, y solo fue abriéndose camino poco a poco hacia el compartimento donde estaban Harrington y Karswell. Le agrado, en conjunto, ver que el tren iba bastante vacío.

Karswell estaba alerta, pero no dio muestras de reconocerle. Dunning tomó el asiento que no estaba directamente enfrente de él, e intentó, vanamente al principio, luego con dominio creciente de sus facultades, calcular las posibilidades de llevar a cabo la transferencia deseada. Frente a Karswell, y junto a Dunning, había un montón de abrigos de Karswell sobre el asiento. De nada serviría deslizar el papel entre ellos: no se sentiría seguro, o no lo parecería, a menos que de alguna manera pudiera ser ofrecido por él y aceptado por el otro. Había un maletín, abierto y con papeles dentro. ¿Podría arreglárselas para ocultarlo (de manera que quizás Karswell pudiera abandonar el compartimento sin él), y luego encontrarlo y entregárselo? Ese fue el plan que se le ocurrió. ¡Si al menos hubiera podido consultar con Harrington! Pero eso no podía ser. Los minutos fueron pasando. Más de una vez Karswell se levantó y salió al pasillo. La segunda vez Dunning estaba a punto de intentar hacer que el maletín se cayera del asiento, pero interceptó la mirada de Harrington y leyó en ella una advertencia. Karswell, desde el pasillo, estaba observando: probablemente para ver si los dos hombres se reconocían entre sí. Volvió, pero estaba visiblemente inquieto; y cuando se levantó por tercera vez, la esperanza amaneció, pues algo se deslizó de su asiento y cayó al suelo casi sin

ruido. Karswell salió una vez más, y pasó fuera del alcance de la ventana del pasillo. Dunning recogió lo que había caído, y vio que la llave estaba en sus manos en forma de uno de los estuches de billetes de Cook, con billetes dentro. Esos estuches tienen un bolsillo en la tapa, y en muy pocos segundos el papel del que hemos hablado estaba en el bolsillo de aquel estuche. Para asegurar más la operación, Harrington se puso en pie en la puerta del compartimento y entretuvo los dedos en la persiana. Estaba hecho, y hecho en el momento justo, pues el tren empezaba ya a reducir la marcha hacia Dover.

Un momento después Karswell volvió a entrar en el compartimento. Al hacerlo, Dunning, sin saber cómo, consiguió reprimir el temblor de su voz y le tendió el estuche de billetes diciéndole: «¿Me permite devolverle esto, señor? Creo que es suyo.» Tras un breve vistazo al billete que había dentro, Karswell pronunció la respuesta esperada: «Sí, es mío; muy amable, señor», y lo guardó en el bolsillo interior del pecho.

Incluso en los pocos momentos que quedaban —momentos de tensa ansiedad, pues no sabían a qué podría conducir un hallazgo prematuro del papel— ambos hombres observaron que el vagón parecía oscurecerse a su alrededor y volverse más cálido; que Karswell estaba nervioso y agobiado; que atrajo hacia sí el montón de abrigos sueltos y lo rechazó como si le repeliera; y que luego se sentó erguido y lanzó una mirada ansiosa a los dos. Ellos, con angustia nauseabunda, se ocuparon en recoger sus pertenencias; pero los dos pensaron que Karswell estaba a punto de hablar cuando el tren se detuvo en Dover Pueblo. Era natural que en el breve espacio entre la ciudad y el muelle ambos salieran al pasillo.

En el muelle bajaron, pero el tren estaba tan vacío que se vieron obligados a demorarse en el andén hasta que Karswell hubiera pasado ante ellos con su mozo camino del barco, y solo entonces fue seguro para ellos intercambiar un apretón de manos y unas palabras de concentrada felicitación. El efecto en Dunning fue casi hacerle desfallecer. Harrington le hizo apoyarse en la pared mientras

él mismo avanzó unos pasos hasta quedar a la vista de la pasarela del barco, al que Karswell había llegado ya. El hombre en la cabecera verificó su billete, y él, cargado de abrigos, bajó al barco. De repente el oficial le llamó: «Usted, señor, perdóne, ¿enseñó el billete el otro caballero?» «¿De qué demonios habla con el otro caballero?», llamó la voz gruñona de Karswell desde cubierta. El hombre se inclinó y le miró. «¿El diablo? Pues yo no sé, la verdad», le oyó decirse a sí mismo Harrington, y luego en voz alta: «Error mío, señor; idebían de ser sus bultos! Le ruego me disculpe.» Y después, a un subordinado que estaba cerca: «¿Llevaba un perro, o qué? Cosa rara: habría jurado que no iba solo. Pues lo que sea, ya lo verán a bordo. Ya ha zarpado. Dentro de otra semana empezaremos a tener la clientela de veraneo.» Cinco minutos después no había más que las luces que se alejaban del barco, la larga hilera de lámparas de Dover, la brisa nocturna y la luna.

Largo tiempo estuvieron los dos sentados en su cuarto del Lord Warden. A pesar de haber eliminado su mayor motivo de ansiedad, les oprimía una duda, y no de las más leves. ¿Habían estado justificados en enviar a un hombre a su muerte, como creían haber hecho? ¿No deberían al menos haberle avisado? «No», dijo Harrington; «si es el asesino que creo, no hemos hecho más que lo que es justo. Con todo, si lo crees mejor...; pero ¿cómo y dónde puedes avisarle?» «Tenía billete solo hasta Abbeville», dijo Dunning. «Lo vi. Si telegrafío a los hoteles de allí según el Joanne: ,Examine su estuche de billetes, Dunning', me sentiría más tranquilo. Hoy es día 21: le queda un día. Pero me temo que ya ha entrado en las tinieblas.» Así que se dejaron telegramas en la oficina del hotel.

No está claro si estos llegaron a su destino, o si, en caso de hacerlo, fueron comprendidos. Lo único que se sabe es que la tarde del día 23 un viajero inglés que examinaba la fachada de la iglesia de Saint-Wulfram en Abbeville, en aquella época en obras de importancia, fue alcanzado en la cabeza y muerto en el acto por una piedra que cayó del andamio erigido en torno a la torre sudoccidental, sin que hubiera, según quedó claramente probado,

ningún trabajador en el andamio en ese momento; y los papeles del viajero le identificaron como el Sr. Karswell.

Solo ha de añadirse un detalle. En la subasta de los bienes de Karswell, un ejemplar de Bewick, vendido con todas las faltas, fue adquirido por Harrington. La página con el grabado del viajero y el demonio estaba, como esperaba, mutilada. Asimismo, pasado un prudente intervalo, Harrington le refirió a Dunning algo de lo que había oído decir a su hermano en sueños: pero no tardó mucho Dunning en hacerle callar.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**